

Jesús Ferrero

Opium

I. El sutra del diamante

1. *Deseo*

Oí decir hace algún tiempo a las voces que rasgan los abismos que hubo una vez un hombre que en los umbrales del alba se atrevió a susurrar:

–Quisiera que fuera siempre de noche.

Las palabras obran con más determinación que las personas, y los muertos, que son la sabiduría, no aconsejan formular deseos de esa naturaleza ni siquiera en broma.

Una luz difusa, que aún contenía mucha oscuridad, empezó a entrar por la ventana. El hombre prosiguió diciendo:

–Siento que me estoy partiendo en dos y que una de mis partes se queda aquí contigo, mientras la otra se pierde por la ciudad.

Y la ciudad estaba allí, asentada sobre las rocas y rodeada de abismos tan hondos como el grito de los que caían en ellos.

–A mí me pasa lo mismo –dijo la mujer que se hallaba junto a él–, y aquí sólo se queda mi parte más muerta.

–No hay partes muertas en ti.

–Te engañas.

–¡No las hay! –insistió él–. ¿Y si hablase con tu padre?

Ella se echó a reír.

–Se negará a recibirte. Si supiera que estás aquí te degollaría.

–No lo veo con agallas suficientes.

–¿Y tú qué sabes de mi padre? –murmuró ella, a modo de reproche, pero enseguida volvieron a estrecharse.

Ahora él sentía que el edredón de lino, ligeramente áspero, hacía más querida la suavidad de la piel de la mujer, el contorno de su figura, sus pechitos, sus glúteos, el rincón oculto de su nuca, donde la lengua ejecutaba danzas fulminantes en su camino hacia las orejas. Cuando ella notaba su lengua ahí, experimentaba el preludio de un escalofrío y se pegaba a su amigo como si quisiera perderse en sus adentros, esconderse en él.

Mientras se ofrecían continuos besos estuche, él se estuvo demorando en la curva de su cadera, como si creyera encontrar en ella la forma de las formas. Una y otra vez deslizaba las yemas de los dedos por esa curva fronteriza que tantas veces había imaginado y que ahora podía tocar. Se trataba de una curva llena de secretos, casi la curva del samsara.

Una luz reposada y líquida los envolvía ahora. Los ojos brillaban

de otra manera, y la plata del collar que se deslizaba entre los senos, y los pendientes, que bailaban continuamente el baile del deseo. También brillaban de otra manera las estatuas, las tallas, los bajorrelieves en madera y en piedra que se veían por todos los lugares de la casa.

Al otro lado del cuarto, junto al cofre chino, podía verse una estatua de madera policroma que representaba a una mujer embarazada. Daba la impresión de que se trataba de la madre de su amiga. A él no le gustaba mirar aquella estatua; por alguna razón, la veía llena de poder.

Él volvió a besarla y a lamer sus senos. Y de pronto, cuando más juntos estaban, oyeron golpes tras la puerta.

—¿Estás despierta, hija? —dijo una voz quebradiza desde el pasillo.

—Sí, padre, estoy... despierta.

—Tu madre te espera.

—Decidle que ahora voy.

Ella permaneció muda e inmóvil, hasta que los pasos de su padre se perdieron al fondo del corredor.

—Ahora sí que tienes que irte...

—Ahora sí —repitió él, y empezó a vestirse con precipitación—.

Volveré dentro de un mes. Si supieras lo que me cuesta alejarme de Lej... —dijo, antes de morder sus labios y salir por la ventana.

Ella apoyó las manos en el alféizar y lo vio perderse tras los mismos árboles de los que había surgido la noche en que sus cuerpos convergieron por primera vez en la cama. Después se echó las manos a la cabeza y se miró a sí misma. Huelo a él, pensó, y se acercó a la jofaina para lavarse. Luego se vistió, se perfumó la cara, y con pasos leves y rápidos se deslizó hasta el cuarto de su madre.

2. Durga

Hilachos de humo gris desdibujaban la cara de Durga, deshaciéndose al rozar las celosías, y llegaba desde el fondo de la casa el ruido del cincel mordiendo la piedra.

Su hija la miró con asombro. Su cara semejaba pura porcelana china. Ni parecía una cara muerta ni parecía una cara viva; y esa misma ambigüedad, que no le restaba un ápice de belleza, ejercía sobre los otros una atracción inmediata, que vista desde el lado más oscuro del alma tendía a parecer de naturaleza sexual.

Durga miró a su hija haciendo un gesto de lástima, y le mostró la pipa de opio, partida en dos.

—Hija mía, he desgraciado a mi amiga del alma. Llevaba acompañándome tantos años como los que tú tienes. La traje

de Nankín, y acaba de fenecer –dijo Durga mostrando a su hija los dos trozos de su pipa de bambú moteado, boquilla de marfil y hornalla de cobre blanco–. Tienes que comprarme una, Opium, y tienes que hacerlo ya.

–De acuerdo, iré a comprártela ahora mismo –musitó Opium y, simulando que se disponía a cumplir el encargo, dejó a su madre recostada en la cama y subió sin hacer ruido las escaleras, hasta alcanzar el granero. Desde allí se divisaba la parte sur de la ciudad y la avenida de rododendros que acompañaban al arroyo hasta la cascada. Entre ellos avanzaba y se alejaba Vanvú subido a su caballo, como si le costase hacerlo. A intervalos se detenía y miraba hacia atrás, sin sospechar que ella le miraba también desde un lugar de aquella ciudad de piedra y humo en la que creía haber soñado alguna vez, antes de conocerla.

La niebla empezó a subir desde el arroyo, dificultándole el paso. También la tarde en que había hablado por primera vez con Opium la niebla borraba las caras y las casas. ¡Qué tarde más extraña, aquella de finales de otoño! Si mal no recordaba, él acababa de cerrar su puesto del mercado y avanzaba como un ciego, con la mano derecha adelantada, cuando notó que estaba tocando un brazo y sintió olor a mujer.

–¿Quién eres? –musitó Vanvú.

–Soy la hija de Durga. ¿Sabes de quién hablo?

–Sí, te he visto junto a ella más de una vez.

–¿Llevas contigo algo de adormidera?

–Sí.

–Menos mal que te encuentro... Hoy voy a creer en los milagros...

–Yo también.

–Mi madre está desesperada.

La sangre se espesó en sus labios al tocar su mano de piel muy fina y su pecho buscó sin querer la cercanía de la mujer que con tanta suavidad se expresaba.

Bajo aquella bruma tan densa, el mundo parecía no-mundo, pero su piel le hablaba de una forma de transparencia más profunda que las palabras.

Vanvú posó en sus manos un saquito de adormidera y se dijeron adiós, temblando de desconcierto y de deseo.

Tres días después de aquella convergencia en las sombras, volvieron a encontrarse en el mercado y se miraron a los ojos y hablaron unos instantes. Así habían estado casi un año, hasta la noche en que Vanvú surgió de los árboles del jardín y llamó a su ventana.

Fue una decisión tormentosa que a Vanvú le costó mucho tomar, a pesar de que había percibido en ella los ojos del deseo, y a pesar de que ella los había percibido también en él.

Pero entrar en su jardín, tras sobrepasar el muro de adobe que lo flanqueaba por la parte más cercana a la barranca, y luego

cruzar el jardín lleno de rododendros y estatuas, algunas de aspecto monstruoso, y luego llamar a su ventana cuando ya era noche cerrada, y la niebla subía desde el arroyo, y la luna mostraba su cara más turbia y conjetural, no era una tarea fácil para nadie, y menos para alguien que hasta entonces no había conocido mujer, ni en el burdel, ni en la calle, ni en casa alguna habitada o sin habitar.

Y sin embargo lo hizo porque podía más la ansiedad y el deseo de tenerla entre sus brazos. De modo que escaló el muro, se deslizó entre los árboles y las estatuas como un ladrón, se acercó temblando a la ventana, contuvo la respiración y llamó como si llamara a la puerta del amor. Y el amor abrió como si lo estuviera esperando, y el amor le miró con sus ojos profundos y líquidos, y el amor le dijo:

—¿Eres tú?